

á centenares de millas. ¿Desandar lo andado hasta el límite de esta tierra quemada? Los mulos se negarían á ello, y si les obligáramos, sus fuerzas no llegarían á tanto.

¿Qué hacer?... y sin embargo, urgía tomar una resolución. Monté á caballo y me interné, ordenando á la caravana que no avanzase: con el auxilio de un anteojo descubrí larga extensión. A corta distancia vi una mancha verde: andé una hora y llegué á ella: era un lago cuyas orillas conservaban plantas verdes respetadas por el fuego.

La llanura incendiada se extendía más allá del alcance de mi anteojo. Era necesario, urgente que la caravana retrocediera. Volví grupas al caballo: creía hallar los carros donde los había dejado, pues al partir di orden de esperarme; pero durante mi ausencia, desobedeciendo mis instrucciones, los hombres obligaron á los mulos á levantarse y la caravana prosiguió la marcha. A mis preguntas contestaron invariablemente: «Las montañas están allí; queremos llegar á ellas.» Ni les reprendí por su insubordinación, ni siquiera intenté hacer prevalecer mi autoridad, pues comprendí que no existía poder humano capaz de detenerles.

Quizás hubiera retrocedido con Lillián, pero tampoco estaba allí mi carricoche: Li-

llián acompañada de tía Atkins siguió á la caravana... ¡Y siempre adelante! De nuevo la noche extendió su manto y nos obligó á detenernos. Sobre la llanura incendiada se levantó una luna lúgubre, iluminando la tierra negra.

Por la mañana sólo prosiguieron la marcha la mitad de los carros, pues habían muerto los mulos que tiraban los restantes. El calor era terrible: los rayos del sol, absorbidos por la tierra ardiente, enrarecían el aire hasta hacerlo de fuego. Y... ¡adelante! un enfermo expiró entre convulsiones terribles: nadie intentó enterrarlo. Lo extendimos sobre la llanura, y... siempre adelante, con la tenacidad de la desesperación.

El agua del lago hasta cuya orilla llegara el día anterior, refrescó por un momento las fuerzas de los hombres y de las bestias, pero no logró restaurarlas. Treinta y seis horas hacía que los mulos no comían hierba, y sólo se alimentaban de la paja que retirábamos de los carricoches: recurso del que pronto carecerían.

Sus cadáveres sembraron nuestra ruta: á los tres días sólo nos quedaba un mulo. A viva fuerza lo cogí para Lillián. Los carros y los útiles que debían servirnos para ganarnos el pan en California fueron abandonados en el desierto. Todos avanzábamos á pie menos Lillián.

Pronto nos amenazó un nuevo enemigo... ¡el hambre!

Parte de las provisiones habían sido abandonadas en los carros... Cuantas llevó cada uno, se habían comido, y no había en nuestro rededor medio de subsistencia: todo era árido y quemado.

De los hombres de la caravana era yo el único que conservaba unos bizcochos y un pedazo de carne salada: los guardaba para Lillián, y estaba dispuesto á matar á quien osara pedírmelos. No comía nada, y la llanura horrible se extendía sin fin.

Cual si deseara acrecentar nuestras torturas, al mediodía surgió de nuevo el espejismo, mostrándonos montañas y bosques y lagos... la siguiente noche fué la más terrible de las sufridas hasta entonces.

Todos los rayos del sol que durante el día absorbiera la tierra, durante la noche nos quemaban los piés y secaban la garganta. Un hombre enloqueció; sentóse en el suelo y empezó á reír de modo que daba miedo. Aquellas carcajadas lúgubres nos persiguieron largo tiempo á través de la horrible obscuridad. La mula que montaba Lillián cayó extenuada: los hombres hambrientos la despedazaron en un abrir y cerrar de ojos; poco era para satisfacer á doscientos hambrientos.

Pasó el día cuarto y pasó el quinto igualmente tristes.

El hambre convirtió á mis compañeros en aves de rapiña. Se miraban unos á otros con rabia, con algo peor que la rabia. Sabían que yo tenía algunas provisiones, pero sabían también que pedírmelas era morir. Las daba á Lillián sólo cuando eran más densas las tinieblas de la noche para que no la viesen comer.

Al dárselas me suplicaba, en nombre de lo más sagrado, que tomara mi parte, pero le contestaba amenazándola con dispararme un balazo al corazón si insistía.

Lillián logró burlar mi vigilancia dando algunos bizcochos á las tías Atkins y Grosvenor. El hambre me despedazaba las entrañas con mano de hierro, y la herida de la cabeza hervía.

Durante cinco días no había probado otra cosa que el agua del lago. El pensamiento de que teniendo pan y carne podía ser tentado á comer llegó á torturarme; tuve miedo de que la herida de la cabeza me volviera loco y llegase á probar aquellos alimentos.

—¡Señor, grité, alejad de mí toda flaqueza; que mi mano no tome lo destinado á Lillián!

Pero el Señor no escuchaba mis plegarias.

La mañana del día sexto vi con horror unas manchas rojas en el rostro de Lillián: sus manos quemaban, su respiración era anhelante. De súbito fijó en mí una mirada

vaga henchida de tristeza, y me dijo hablando aprisa, cual si temiera perder la serenidad:

—¡Ralph, dejadme aquí, salvaos; para mí no hay esperanza!

Rechiné de dientes, sentí anhelos de gritar, de blasfemar; pero logré vencerme, y cogiéndole las manos se las estreché con ternura.

Mis ojos, nublados por la desesperación, creían ver destacarse en el aire letras que moviéndose incansables, vertiginosas, me perseguían formando aquellas palabras terribles: «Quien adorare y sirviere á la criatura más que al Criador...»

Sentí cual si me clavaran una flecha en el corazón. Entonces fijando la mirada en los cielos despiadados, grité con el alma ardiendo en ira: «¡Yo!» Y... comenzó la expiación: ¡mi único tesoro, mi santa y amada mártir iba á morir!

Ignoro como yo aún vivía, pues era insensible al hambre, al calor, á los sufrimientos. Ante mí no veía ni mis hombres ni la llanura incendiada, sólo veía á Lillián. Aquella noche se agravó considerablemente. Perdió el conocimiento. Gemía, y en voz temblorosa murmuraba: «¡Ralph, agua... por Dios! ¡cuánto sufro!» ¡Y yo sólo poseía carne salada y bizcochos secos! Desesperado me herí el brazo con un cuchillo para con

mi sangre humedecer sus labios. Recobró el conocimiento, lanzó un grito, y luego cayó en profunda postración de la que temía no verla salir.

Cuando volvió en sí me pareció quería decirme algo, pero la fiebre que la devoraba le impidió hablar. Sólo murmuró estas palabras:

—¡Ralph, no te aflijas, soy tu esposa!

Al séptimo día la Sierra Nevada apareció por fin en el horizonte... A medida que el sol iba al ocaso se extinguía la vida de Lillián.

Al sentir la proximidad del instante supremo la coloqué sobre la tierra ardiente y me arrodillé á su lado. Sus grandes ojos, intensamente abiertos, se clavaron en mí, parecieron animarse un instante, y balbuceó: «¡Esposo mío!...» Un gran temblor se apoderó de su cuerpo, sus ojos se llenaron de terror y expiró...

Yo me arranqué las vendas de la cabeza y perdí el sentido. No recuerdo qué pasó. Tendido en una especie de litera comprendí, de modo vago, que los que me rodeaban cogían mis armas; cavaban un hoyo... y luego en mi delirio sólo me perseguían aquellas palabras terribles: «Quien adorare y sirviera á la criatura más que al Criador...»

Al cabo de no sé cuántos días recobré el conocimiento en California, en la casa de un colono llamado Noskyski. Cuando estuve

en parte restablecido partí para la Nevada. La llanura estaba vestida de hierba joven, del más alegre verde, y me fué imposible hallar la tumba de Lillián: hoy ignoro dónde descansan sus restos sagrados.

¿Qué hice, Dios mío, para que te alejaras de mí, y por qué me abandonaste? Lo ignoro.

Si me hubiera concedido llorar una hora al menos sobre su tumba, la vida me pareciera más soportable.

De entonces que todos los años voy á la Nevada, y siempre la busco en vano. Largos años hace que pasaron aquellas horas terribles, y mis labios infortunados han repetido muchas veces: «¡Hágase, Señor, tu voluntad!» ¡Pero sin Lillián, cuán amarga es la vida!

El hombre tiene la obligación de vivir entre sus semejantes, y hasta á veces debe sonreír; pero el corazón ama, sufre y recuerda.

Soy viejo; pronto emprenderé otro gran viaje, el viaje á la eternidad. Y sólo le pido al Señor, que en las llanuras celestes encuentre mi esposa añorada, para nunca jamás separarme de ella.

FIN



De entonces que todos los años voy á la Nevada, y siempre la busco en vano.



VICARIATO GENERAL  
DE LA  
DIÓCESIS DE BARCELONA

Por lo que á Nos toca, concedemos nuestro permiso para la publicación de la novela titulada: *¡Sigámosle!* seguida de la titulada: *Lillián*, originales de Enrique Sienkiewicz, mediante que de nuestra orden ha sido examinada y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y á la sana moral. Imprimase esta licencia al principio ó final de la obra y entréguese dos ejemplares de la misma rubricados por el Censor, en la Curia de nuestro Vicariato.

Barcelona, 8 de Enero de 1904.

*El Vicario General*  
† RICARDO, obispo de Eudoxia

*Por mandado de Su Señoría*  
LIC. JOSÉ M.<sup>o</sup> DE ROS, PBRO., *Scrío.*



BARCELONA

AÑO DE 1904



LIB.-TIPOGRAFÍA

\* CATÓLICA \*

